

tieso, con los brazos cruzados sobre el pecho, y la visera del k epis calada sobre los ojos, y los ojos fulgurantes bajo el entrecejo, y el entrecejo fruncido y amenazador.

—¿Habeis hecho la ronda?

*
* *
*

Ahora pregunto: ¿qué es peor, tener un sueño de este jaez,   atrapar un resfriado haciendo la ronda y aunque sea hacerse algun cardenal al tropezar en las tinieblas con una mesa   una cama desarreglada? Yo estoy por el cardenal y el resfriado, y creo que la mayoría de los lectores estar  conmigo.



HOSPITALIDAD.



BIERTA noche de Octubre del año 1866, un regimiento de infantería fué sorprendido   mitad del camino, entre San Donnino y Plasencia, por un aguacero tan fuerte, que en pocos minutos los soldados, estuvieron calados hasta los huesos, convirtiéndose en pantano la carretera. Serian las nueve de la noche. Los soldados con la cabeza y los hombros envueltos en las mantas de camino y los lienzos de las tiendas, seguian la marcha lenta y difícilmente, y ninguno hablaba. Al poco rato el regimiento se detuvo. La mayor parte de los soldados se guareci  como pudo en las márgenes y los setos de los campos, y otros bajo los árboles que flanqueaban el arrecife.

Tronaba y relampagueaba horriblemente.

Cuando cesó la primera furia del temporal, levantóse un viento que arrojaba oblicuamente menuda y fría lluvia, de la cual en vano trataban los soldados de librar el rostro con la esclavina del capote ó las mantas. A poca distancia de la carretera veíase de vez en cuando á la luz de los relámpagos, una hermosa quinta, y entre ésta y el camino un jardincillo dividido en cuadros, llenos de arbustos y de flores. Entre un relámpago y otro se distinguía el movimiento de la sombra de dos personas tras la vidriera de una ventana iluminada.

En aquel aposento estaba reunida la familia de un rico propietario de Plasencia, que solía prolongar la temporada de campo hasta fines de Octubre en compañía de sus hijos y de una hermana viuda, algo tiesa y rebosando humos aristocráticos, pero en el fondo de buena índole y sano corazón. La sala estaba lujosamente amueblada, é iluminada por elegante lámpara que pendía de la techumbre. Dos hermosos niños jugueteaban alrededor de la mesa; un jóven leía un periódico en un rincón; al otro lado dos muchachas de diez y ocho á veinte años estaban sentadas junto á la mesilla de costura, discurrendo con el hermano mayor; el amo de casa y su hermana, de pié junto á la ventana, hallábanse engolfados en animada conversacion.

—Con tu permiso, decia la hermana, no parti-

cipo ni poco ni mucho, de tu sublime entusiasmo.

—Tanto peor para ti; tendrás muchos consuelos ménos.

—¡Vaya unos consuelos! Mira cómo han puesto nuestra posesion con este continuo ir y venir de las tropas. ¿Has estado en las viñas?

—He estado, ¿y qué? Podrían haberlo hecho peor. Me parece que lo más que habrá tomado cada soldado es un racimo; porque una mano la tienen empleada con el fusil, y en el morral no pueden poner la uva sin estrujarla.

—Entónces debias haberlos invitado á hurtarnos las uvas.

—A servirse de ellas, habrás querido decir.

—Eso hubiera sido más generoso.

—Es verdad, y me arrepiento de no haberlo hecho.

—Me das coraje.

El hermano se echó á reir.

—Me das coraje; te repito: tienes unas filosofías que no comprendo. Concedido que son soldados, defensores de la patria, mártires, héroes, todo lo que quieras; estimémoslos, incensémoslos, adorémoslos, idolatrémoslos, pero de léjos, sí, de léjos, y en conjunto. El ejército, así de esa manera considerado, es respetable, y yo tambien lo respeto; pero los soldados, uno á uno... esa es harina de otro costal. Al fin y al cabo no son más que labriegos con uniforme. ¿Qué necesidad tie-

nes de salirles al encuentro por esos trigos de Dios, para darles las gracias por haber merodeado las viñas y los frutales, y traerlos á casa para darles un trago, y hartarlos de pastelillos y acompañarlos hasta el umbral, como si fueran príncipes?

Y el hermano continuaba riendo.

—Ríe, ríe, y cada vez que pase un regimiento, continúa yendo allá abajo con toda tu familia para verlo pasar, y permanece allí á la puerta con dos muchachas de esa edad, y oirás buenos piropos de tus heróicos guerreros, acostumbrados á perseguir mujerzuelas, masticar tabaco y emborracharse con aguardiente. El otro día sin ir más léjos...

—Has armado gran ruido por una cosa insignificante. Si aquella palabra la hubiese dicho otro que no fuese soldado, no la hubieras tomado en cuenta. Hay que dispensar alguna cosa á la juventud, y al fin y al cabo son *guerreros* y no monjes.

—Sí, sí, continúa prestando culto al kúpis, que algun día lo pagarás.

—Bueno, pero has de comprender que no es el kúpis lo que yo aprecio, sino esos toscos labriegos que lo llevan, zafios, como tú dices, incultos y soeces, y aquellas manos encallecidas, y aquellos rostros juanetudos y tostados por el sol, y aquellas frentes que tanto tiempo estuvieron encorvadas sobre los surcos, y ahora...

—Ahora, me das más coraje que al principio.

En aquel momento se oyó llamar á la puerta. Un minuto despues, presentóse un criado para decir que un soldado extraviado pedia albergue.

—Vamos á ver como lo haces subir aquí para ofrecerle la casa, dijo la hermana.

—Hacedlo subir al instante, dijo con aire de mando el amo de la casa.

—¡ Oh !

—Al instante, aquí, á esta sala.

El criado desapareció.

Óyense pasos lentos y fatigosos subir por la escalera. Luego, un golpe como de cuerpo pesado cayendo sobre el pavimento: ha dejado caer la mochila; despues el sonido del fusil apoyado á la pared. Al momento la puerta del salon se abre: ahí está el huésped. Pálido, vacilante, chorreando agua, sucios de lodo el rostro y las manos, y la cabeza inclinada lánguidamente hácia atrás, mira alrededor, maravillado y sorprendido.

Primero el dueño de casa y todos los demás despues, rodéanle solícitos.

—Adelante, adelante, muchacho, adelante sin temor.

El soldado da un paso, baja los ojos, ve la alfombra, y se retira murmurando.

—Dispénsenme ustedes no habia visto...

—¿Qué?— exclama el dueño, y cogiéndolo del brazo, lo hace entrar en la sala y le obliga á sen-

tarse. Palidece, deja caer atrás la cabeza, y deja caer también los brazos inertes.

¡Dios mío! gritan todos asustados; el amo de casa le sostiene la cabeza, uno de los hijos le enjuga la frente, el otro le desabrocha el capote, y le hace aspirar vinagre; las muchachas y las criadas corren á un lado y otro y sin saber qué hacer. Afortunadamente, al poco rato volvió en sí, y su primera palabra fué un *gracias*, dicho con voz apagada, pero que parecía salir del corazón. Mientras tanto, haciéndole algo de violencia, quitáronle el capote y el corbatín, hiciéronle poner una chaqueta, y le echaron al cuello una bufanda.—¡Gracias! repetía el soldado oponiendo tímida resistencia, gracias.

—¡Oh qué escena! pensaba en su interior la hermana del propietario. Pero no decía enteramente lo que sentía. Mostraba á la hija mayor las huellas de lodo que manchaban la alfombra, pero al mismo tiempo, se incomodaba consigo misma porque notaba que no se incomodaba con el soldado.

—¿Y qué le ha pasado, militar?—preguntaba con viva solicitud el amo de casa.—¿Está V. enfermo? ¿Se ha caído? ¿Iba solo? ¿de dónde venía.

Con voz baja y lenta, interrumpiéndose, como si le faltase la respiración, contó el pobre soldado todo lo que le había sucedido. Al salir de San

Donnino ya se encontraba malo: en el camino había sentido fuertes dolores de estómago y de cabeza, y á cada breve descanso que hicieron, habíase tendido en el suelo, temiendo no poder levantarse; pero se levantó y siguió adelante con mucho trabajo, hasta la última parada, cerca de aquella casa. Allí se había tendido en una zanja, y dejándose vencer por el sueño, se apoderó de todos sus miembros un sopor profundo; de modo que no oyó la corneta cuando dió la señal, de marcha, ni había visto partir al regimiento. Despertóse media hora después, y encontrándose solo, probó á seguir el camino, y cayó otra vez al suelo... ¿Qué hacer, adónde dirigirse? Vió allí cerca una casa, llegóse á ella como pudo, llamó y suplicó que lo dejaran albergarse por un cuarto de hora en la cuadra, en el pajar, ó donde fuese.

Este relato duró un buen cuarto de hora: mientras tanto se repuso recobrando parte de las perdidas fuerzas. Pero á medida que su cabeza se despejaba, adquiriendo una idea más distinta del lugar en que estaba y de las personas que le rodeaban, más crecían su embarazo, su timidez y su confusión, y respondía á lo que le preguntaban, balbuceando y ruborizándose como un niño.

Siendo hora de cenar, la sirvienta, durante aquella conversación, había dispuesto la mesa, sin que el pobre huésped, confuso y aturdido como estaba, apercibiérase de ello. De pronto, el

amo de casa dió la señal, y todos se levantaron y se acercaron á la mesa. El soldado se levantó también, echó una rápida mirada á la mesa y á los comensales, y volvió á sentarse, bajando los ojos y avergonzándose de haber mirado.

—Vamos á la mesa,—le dijo amablemente el buen anciano, aproximándose á él.

—¡Ah! es verdad, pensó el soldado; levántese, y murmurando algunas palabras de excusa, se dirigió hácia la puerta.

—¿Adónde va V.?—preguntó vivamente el dueño. Todos los demás se miraron sorprendidos. El soldado se detuvo y se volvió.

—¿Adónde va V.?—repitió el dueño.

—He oido que van á sentarse á la mesa..., respondió el soldado tímidamente.

—Pues bien, venga á la mesa con nosotros.

La hermana del propietario alargó el labio inferior. El soldado permaneció con la boca abierta.

—Sí, venga á la mesa, siéntese aquí, si no tiene inconveniente, y con una mano acercó á la mesa una silla, haciendo con la otra ademán de que se sentase.

—Pero... preguntó el soldado dirigiendo ambas manos con el índice extendido sobre su propio pecho: ¿á la mesa yo? y sonrió.

—¿Y por qué nó?

El pobre jóven no podía creer lo que oía. To-

dos lo miraban con aire de curiosidad y de afectuosa compasion, hasta la hermana del propietario.

—No... Oiga, señor (prorumpió el soldado con voz dulce y trémula, y poniéndose muy serio), yo no merezco... yo no soy digno de estar... voy así (y se miró la ropa)... y despues, yo no sabré estar como se debe, porque..., y añadió con resolucion: hágame este obsequio, señor, déjeme andar allá, á la entrada de la casa: yo estaré mas á gusto allí, esperaré que hayan concluido. No es menester que enciendan luz, aguardaré á oscuras, para mí es lo mismo...

—¡Oh! no, no, exclamaron á coro el padre y los hijos, despues de escucharle con una atencion en la que se mezclaban la sorpresa y el enternecimiento; no lo podemos permitir, no...

—Sí, sí, déjenme ir, déjenme ir, yo no quiero incomodarles... y trató nuevamente de marcharse.

—Pero oiga V., repusieron los demás deteniéndolo; tiene necesidad de comer algo, quédese aquí, háganos este favor...

—No, gracias, gracias, no necesito nada; tengo aún el pan entero en la mochila y me basta...

—Pero, escúche V...

—Pero, miren ustedes...

Salió de la sala, tomó el pan y volvió enseñándolo con gran complacencia. ¿Lo ven?

Todos callaron y se miraron unos á otros.

—Venga acá, gritó de súbito el amo de casa con la voz conmovida, arrancando de manos del soldado aquel pan, y poniéndolo en la mesa. Lo comeremos juntos. Siéntese V.

Su actitud, su voz, su semblante, estaban revelando un afecto y una emoción tan viva, que el soldado creyó imposible resistir más, y se sentó á la mesa.

No sabía donde poner las manos, no se atrevía á mirar á nadie, ni tan siquiera se decidía á mirar la mesa; contemplaba fijamente el plato que tenía delante; apretó las rodillas y los piés recogidos bajo la silla. Y aunque no la mirase, toda aquella cristalería resplandeciente lo deslumbraba; aquellos manteles, aquellas servilletas tan finas, tan blancas, que oían á ropa recién lavada, y no se atrevía á tocarlos con sus manos ásperas y negras, y comenzaron á despertarle en la mente ciertos recuerdos vagos y confusos, luengo tiempo adormecidos, ciertos hábitos, ciertos modales, ciertas reglas de buena educación y cortesía, de los que muchos años antes, cuando era muchacho todavía, su hermana mayor que había estado una temporada en la ciudad, le hablaba, sermoneándole cuando iban algún domingo á casa del procurador, que les convidaba á comer: y se esforzaba por traer á la memoria aquellas reglas, aquellos hábitos, y trataba de ponerlos en prác-

tica con toda la soltura y aplomo de que fuese capaz; y miraba á hurtadillas de vez en cuando con el rabo del ojo al amo de la casa, que se había sentado al lado suyo, para tomar ejemplo de él sobre la manera de ponerse la servilleta y de cortar el pan y de manejar el cuchillo, etc.

A cada plato que le servían, creíase obligado á decir que no quería, y lo decía tres ó cuatro veces, y hacía ademán de rechazarlo, y volvía la cabeza, hasta que concluía por admitirlo murmurando:—¡Gracias! y haciendo un visaje compungido que quería decir: esto es demasiado. Y cuando comía tomaba unos bocaditos tan menudos que se le colaban por el gargante casi sin advertirlo, y á cada sorbo de agua ó de vino que bebía, restregaba dos ó tres veces los labios con la servilleta. Con gran solicitud entregaba á la doméstica que servía la mesa, los platos que ella iba recogiendo, y se guardaba muy bien de echar el ojo á los manjares que sacaban, antes de tener el plato delante, y cuando su patrón le ofrecía vino, no se contentaba con decir que no, sino que extendía la mano para apartar la botella; de la sal, del aceite, de la pimienta, de todo daba gracias particulares y expresivas, como si ofrecerle cada una de aquellas cosas fuese un especial favor, distinto de los otros.

Si hubiese mirado alguna á vez á sus comensales, hubiéranse abstenido estos de mirarle para